

GERMINAL

SEMANARIO REPUBLICANO SOCIOLOGICO

Madrid.....	Trimestre.....	2 pts.
	Año.....	7 —
Provincias..	Trimestre.....	2,50 —
	Año.....	9 —
Extranjero y Ultramar:	Año.....	15 —
Número suelto, 15 cts.—Atrasado, 25		
25 ejemplares 2,50 pesetas.		

HORAS DE OFICINA: DE 9 A 12 Y DE 6 A 8.

La correspondencia al Director gerente
NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Génova, 7, bajo.—Madrid.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES.

SUMARIO.

TEXTO.

Vergniaud.— *Lo respetable* (poesía), Bartrina.— *Elecciones revolucionarias*, E. B.— *La sociedad libertaria*, Enrique Malatesta.— *Recuerdos* (poesía), Byron.— *Emilio Zola*, Paul Bourget.— *Las ocho horas*, Doctor Calderai.— *Un bohemio socialista*, Ernesto Bark.— *A Diciembre* (poesía), C. de la Cruz y Prada.— *Rápida*, S.— *Gómez Carrillo y su libro «Almas y cerebros»*, Bernardo Rodríguez.— *La bailaora*, Nicolás Salmerón y García.— *La juventud de hoy*, A. de Santa Clara.— *Cantares* (poesía), Elisa Casas.— *El can del gran señor*, S. Gomila.— *Saturnales fin de siglo*, Francisco Macein.— *Trabajo y miseria*, Ferrovieri.— *Chismografías* (poesía), B. Arroyo y Cáceres.— *Crónica al cielo*, Julio Poveda.— *Rasgos*.— *Correspondencia administrativa*.

GRABADOS.

Vergniaud (retrato).— *En el andamio*, Villalba.— *La velada en la aldea*, E. S.

PÁGINAS REVOLUCIONARIAS.

VERGNIAUD

Apoco que en las brillantísimas y gloriosas páginas de la Revolución francesa nos fijemos, que se ponga la atención toda en los arranques salvajes de aquella Asamblea, muchos de cuyos miembros, moderados, no cesaban de gritar ¡*A la guillotina!* y en la que se destacaba en primera línea la pálida figura de Marat, tenemos por fuerza que reconocer dos partidos librando entre sí lucha tremenda y sangrienta. La Gironda y la Montaña, los girondinos y los montañeses.

Sucede en las entidades sociales lo que en las orgánicas: éstas, cuando son objeto de transformaciones y cambios que vienen, por decirlo así a trastornar y hasta variar por completo su constitución primitiva, experimentan especies de convulsiones nerviosas; el organismo todo es presa de grandes trastornos determinantes a la corta ó a la larga de las evoluciones que la Naturaleza prepara. Y en las sociedades de hombres acontece lo propio: las grandes revoluciones que varían su anterior modo de ser material y moral, son algo así como revulsivos, como remedios heroicos cuyos efectos están siempre en razón directa de la causa que los produce.

Por eso, los grandes trastornos que preceden a los progresos sociales, son aquellos tanto más terribles, cuanto más enérgica y progresiva es la transformación que la sociedad experimenta.

Y esta es la razón de que la Revolución francesa, al asestar tan duros golpes a un mundo ya viejo y caduco, cimentado en el error, en la desigualdad y en la injusticia, tuviese que ser violenta y a veces cruel en sus manifestaciones; lo hondamente arraigado, para desarraigarlo precisa emplear fuerzas extraordinarias; los padecimientos crónicos, si desterrarse quieren, hay que acudir a heroicos remedios.

Sanguinarias fueron pues, las luchas de aquellos dos grandes partidos de la Revolución francesa, la Gironda y la Montaña.



VERGNIAUD.

Los girondinos (llamados así porque la inmensa mayoría de sus miembros eran diputados por la Gironda), eran en realidad los conservadores de la Revolución, lo contrario de los montañeses, amantes del progreso y sobre todo de los procedimientos violentos.

Los girondinos personificaban más especialmente la clase media y de letras, amiga de una libertad templada y guiada siempre de un espíritu regional bastante pronunciado.

De su republicanismo no cabía duda: fueron

quizá los primeros defensores de la idea republicana dentro de la Revolución, aquellos atletas de la palabra, aquellos vigorosos adalides de la igualdad y del derecho, que con lógica inflexible combatieron al clero, a los nobles, a la corona, al feudalismo y a la cogulla.

»Recuérdese—dice Luis Blanc refiriéndose a los girondinos—con qué cuidados, con qué atenciones fueron tratados después del 31 de Mayo: lejos de pensar entonces en inmolarnos, sus enemigos le hicieron un género de cautiverio que

parecía más bien una invitación á la fuga. No sólo se les permitía circular libremente por París, acompañados de un solo gendarme, sino que la indemnización de 18 francos diarios que los miembros de la Convención gozaban, se les siguió pagando. Las invectivas, naturales si se quiere, aunque incesantes y furiosas con que perseguían á sus vencedores; las cartas en que públicamente trataban á los miembros del comité de *Salvación pública*, de impostores y asesinos, la idea que dieron á la Montaña de la profundidad y del carácter intransigente de sus resentimientos; la guerra civil que sus amigos fugitivos trataban de encender de uno á otro extremo de la Francia y las pruebas adquiridas de su participación en el proyecto de sublevar á las provincias contra la capital, fué todo lo que les perdió.»

Dudar de que los girondinos si hubiesen triunfado hubieran sido tan implacables con el partido adverso, como éste lo fuera con ellos, sería conocer poco el corazón humano y no tener en cuenta las sublimes tempestades de la Revolución francesa.»

En este mismo espíritu regional que informaba los actos políticos de la Gironda radican indudablemente las causas que motivaron sus sangrientas luchas con la Montaña, patrocinada y alentada por el genio poderoso de Danton, el salvaje entusiasmo de Marat y la pasión á veces desbordante y á veces contenida de Robespierre.

Veían los montañeses en el espíritu regional de los girondinos, en su afán de anular por completo á la gran ciudad de París, alma, nervio y vida de la Revolución, un serio peligro para ésta; veían, repetimos, que con el predominio de las regiones de suyo mucho menos adelantadas que la capital, vendría la prepotencia de las masas rurales y con ella la pérdida de las conquistas revolucionarias á tanta costa adquiridas, y sin fijarse en los gloriosos antecedentes igualitarios y republicanos de la Gironda, consideraron á sus miembros como enemigos declarados de la libertad, de la igualdad y de la República.

Pero convengamos en que los girondinos sólo querían la libertad en todas sus manifestaciones; aunque templada en sus progresos por las exigencias de la realidad, y como la libertad de esta manera sentida tiene por fuerza que abarcar ambos órdenes, el individual y el colectivo, de aquí que la Gironda tuviese aquellas tendencias federativas que fué su perdición, tendencias federativas que indudablemente en aquellos momentos constituían seria amenaza, indiscutibles peligros para la integridad de los ideales que la Revolución proclamara.

Lamartine declara que «en las manos de estos hombres de vehemente y arrebatadora palabra, Francia, conquistada por la contra-revolución y devorada por la anarquía, hubiese pronto dejado de existir como República y como nación.»

Thiers confiesa que por causa de los girondinos, la Revolución, la libertad y Francia misma, estuvieron comprometidas.

En fin Michelet, el gran historiador de aquellos sublimes arrebatos revolucionarios, exclama en un instante de veheméntísima pasión: Hubiera votado contra ellos... La política girondina en los primeros meses de 1793, era impotente, ciega, habría llegado á constituir en el caso de prevalecer, la perdición de Francia.»

Por lo demás, en el orden de las ideas los girondinos eran quizá los más avanzados de la revolución y entre ellos había espíritus eminentemente progresivos.

Prueba de este aserto, el gran atleta de la palabra, el que en muchas ocasiones sobrepusiera al gran Mirabeau, Pedro Victorino Vergniaud, la figura más saliente y más simpática de la Gironda.

Los discursos forjados en aquel cerebro meridional, derribaron para siempre de la conciencia la institución monárquica é hicieron tambalear el poder á veces omnipotente de la Montaña...

Las arengas encaminadas á la supresión de las palabras *Señor y Magstad*, sus tremendas diatribas contra los nobles á quienes llamara *audaces satélites del despotismo que llevan en sus almas feudales quince siglos de orgullo y de barbarie*, quedarán eternamente consignadas como ejemplo admirable en las brillantísimas páginas de la historia de la elocuencia.

Administrador del departamento de la Gironda á raíz de la revolución, abogado temible para la causa revolucionaria, diputado de la Asamblea Legislativa y miembro de la Convención, Vergniaud, no dejó jamás de rendir culto á su carácter romántico, á su vehemente apasionamiento por el progreso.

En un discurso que pronunciara este luchador infatigable de la igualdad el 8 de Mayo de 1793, sobre el acto constitucional, pedía que las leyes estuviesen basadas en los principios de la Naturaleza humana, que concurriesen á hacer converger los esfuerzos individuales hacia un fin común: la felicidad social.

La tremenda lucha de la Gironda con la Montaña fué la causa de la muerte de Vergniaud y de los 18 girondinos que con él subieron á la guillotina el 31 de Octubre de 1793.

Los últimos momentos de Vergniaud fueron grandes, como grande fuera su vida.

¡Qué amargo reproche significan aquellas profundas frases que pronunciara ante el Tribunal revolucionario la víspera de su muerte! «La Revolución es como Saturno: devora á sus hijos.»

Sin embargo de esto, aquellas palabras que algunos historiadores consideran algo así como un arrepentimiento de su vida, por entero dedicada al progreso y á la causa de la democracia, no tienen tal alcance.

Su muerte lo demuestra en manera persuasiva y conmovedora.

Subió al cadalso acompañado de Brissot, Gensonné, Lehardy, Gardieu, Boileau, Vigée, Ducos, Boyer Fonfrede, Lacaze, Fauchet, Carra, Duchâtel, Antiboul, Lesterpt-Beauvais y Sillery, siendo el último que sometiera su cabeza á la acción de la mortífera máquina.

Su amor á la igualdad y á la República no se extinguió sino con su último aliento: aquellos hombres admirables y sublimes cantaron hasta el último momento, y Vergniaud con ellos, el himno inmortal de la revolución, las estrofas que, en un momento de veheméntísima pasión, compusiera el capitán Rouget de Lisle.

Parecía como que no querían pasar á la inmortalidad sin mezclar su espíritu con la pasión sublime que las estrofas de la Marsellesa entrañan.

Desaparecieron del mundo de los vivos Vergniaud y sus compañeros, mas la memoria de estos hombres jamás perecerá en la conciencia de los pueblos dignos amantados en la libertad, por la justicia guiados y fieles á las prescripciones de la igualdad y del derecho.

LO RESPETABLE.

Una ballena vieja y arrugada,
con pocos dientes, casi ya sin vista,
ó á lo menos con vista muy cansada
andaba por los mares poco lista
arrastrando su mole fatigada.

Ella, que huyó el arpón del ballenero
cuando tenía el cuerpo más ligero,
perdido ya el olfato y la destreza,
no asomaba á flor de agua la cabeza,
temiendo siempre al pescador artero.

¿Pues cómo el pez hallaba y engullía?
¡Es natural! El miedo aún subsistía
que infundiera, y, con santa devoción
á ser comido el pez se sometía...
por respeto á la antigua tradición.

BARTRINA.

ELECCIONES REVOLUCIONARIAS.

La descomposición absoluta de los partidos de la monarquía obliga á los republicanos á observar una gran circunspección y prudencia. Las Cortes próximas pondrán de manifiesto el abismo que divide á las agrupaciones ó pandillajes de nuestros adversarios y nos parece indispensable que en aquellas Cortes tengan representación los prestigios del partido republicano para increpar, en nombre de la nación, á los mercaderes de la honra de la patria.

¿Dónde están los prestigios republicanos? ¿Quiénes son los hombres que inspiran confianza á la nación y que son una garantía de un gobierno de libertad, orden y honradez? Todos, no importa á qué fracción pertenezcan, deben tener su asiento en las Cortes llamados á dar nuevos rumbos á nuestra política desquiciada.

La unión electoral sobre esta base ancha es una necesidad y una obra eminentemente revolucionaria. GERMINAL, que lucha en los extremos del partido revolucionario y no puede ser sospechoso por «evolucionista», aboga por tales elecciones eminentemente revolucionarias é invita á los elementos socialistas republicanos á abandonar los horizontes estrechos de las frases de relumbrón y seguir los derroteros nuevos que conduzcan al logro de nuestros ideales.

Hay buenos correligionarios en las provincias que, llevados por sus honradas intenciones, no aperciben las intrigas de Madrid donde lo quieren falsificar todo ocultando la impotencia para las grandes lides parlamentarias tras la frase de «retramiento» y «revolución», queriendo engañar á las masas populares, impacientes con razón de que se haga algo serio y decisivo. Estos buenos correligionarios de provincias deben haber apercibido las alabanzas de estos mismos «revolucionarios» en favor de Romero Robledo, quien piensa sacar ventajas del retramiento republicano como ya lo sacaba en las últimas elecciones. Ciego se necesita ser para no comprender este juego; y nadie será tan inocente para creer que Romero piensa en hacerse republicano, pues medrada sería la República representada por él y sus húsares.

Hombres alejados de las interioridades de la política de Madrid están de esta manera desorientados por completo y se hacen el juguete inconsciente de intrigas bastardas. Desde *Las Dominicales* les contesta con acierto el Sr. Frías Martí refiriéndose á la propaganda revolucionaria socialista:



«Si cada periódico republicano es una tribuna desde la que predica el nuevo Evangelio de la democracia; si esta predicación expone á nuestros apóstoles en la prensa á ser perseguidos por los poderes monárquicos, y tras de largos y molestos procesos verse encarcelados como viles asesinos, es una verdadera demencia, repito como decía en mi anterior, el no escalar esa tribuna que se llama Parlamento, desde el cual las predicaciones tienen mayor resonancia, y donde nuestros apóstoles están á cubierto de toda clase de persecuciones.

»La misma razón hay para proclamar el retraimiento electoral, que para afirmar que el partido republicano no debe celebrar *meetings*, ni publicar periódicos. La misma razón habría para lo uno que para lo otro.

»No se traerá la República enviando diputados al Parlamento, como no vendrá sólo porque se celebren Asambleas ó *meetings*, ó porque se publiquen pocos ó muchos periódicos; pero, ¿es esto una razón para privarse de estos medios de propaganda, necesaria para que algún día la revolución triunfe?»

Así es; las elecciones y la tribuna parlamentaria son medios de agitación, como el *meeting* y la prensa, y los partidarios del retraimiento deben renunciar á la prensa, sobre todo, que se presta más aún que el Parlamento á encumbrar á nulidades y vanidades. ¿No es la tribuna de un periódico de gran circulación mucho más importante que la de las Cortes? Ya nadie se deja imponer por el título de diputado, desde que toda clase de «indocumentados» prostituyeron aquellos escaños rojos. Retraerse para que no puedan encumbrarse nulidades es ilusorio, porque el brillo que comunican las Cortes ha perdido su esplendor; tal vez al contrario sirve el Parlamento para desacreditar á prestigios falsos, como ha ocurrido á varios oradores hueros, anulados por pocos meses de luchas parlamentarias.

Sin duda alguna, no son nuestras costumbres electorales muy democráticas: los candidatos surgen por generación espontánea, sin que el pueblo tenga parte ni arte en la candidatura; los candidatos de su parte no se creen obligados á ser nada más que fieles cumplidores del mandato imperativo de los electores, y en lugar de servidores se hacen los amos del distrito que representan. Son defectos que desaparecerán con la práctica del parlamentarismo, y sería locura condenar el sistema parlamentario por no haberse arraigado aún bastante en nuestras costumbres.

Si en España hubiéramos exigido de cada candidato que se compromete á defender en las Cortes determinados principios ó se retirara del Parlamento cuando no pudiera cumplir su promesa, bien pronto dejarían de ambicionar el acta las nulidades vanidosas, y el lugar quedaría libre para los luchadores de verdad.

Para terminar, les aconsejamos á los acérrimos «revolucionarios» que declaman contra las elecciones, que se expliquen un poco cómo piensan hacer la revolución organizándose en cualquier pueblo de provincia, donde cualquier motín sería en seguida sofocado. Las revoluciones se hacen en la capital, y los gritos «revolucionarios» proferidos en otra parte, pudieran tener efectos contraproducentes, dando el deseado pretexto á la reacción de quitarnos las mermadas libertades que gozamos. Para vencer á Francia tuvieron que conquistar los alemanes á París, la capital; que los revolucionarios de provincias no se figuren poder conquistar á España desde cualquier villorrio.

E. B.

LA SOCIEDAD LIBERTARIA. (1)



EVERIO Merlino insiste en la necesidad de una forma de gobierno y de parlamento para que la sociedad pueda vivir y funcionar.

«Si se procede á la abolición del municipio, dice Merlino, ¿quién pensará en las calles, en el alumbrado y otras obras de interés común? ¿Se reunirá el pueblo para deliberar sobre cada cuestión que se presenta ó sólo se reunirán los representantes ó delegados de los diferentes grupos?»

Yo creo que en la Sociedad libertaria serán los encargados de los servicios públicos, los que trabajan en cada servicio. Estas asociaciones deberán cuidar al mismo tiempo del bienestar de sus miembros y la comodidad del público, y quedarán imposibilitados para prevaricar por la vigilancia de la opinión pública, por los lazos de dependencia recíproca con las otras asociaciones y por el derecho de todos á entrar en las asociaciones y aprovechar los medios de producción que éstas representan.

No habrá divisiones fijas entre los que dirigen y los que siguen, y la dirección del trabajo corresponderá de derecho y de hecho á los obreros mismos que organizarán y dirigirán las funciones según mejor les parezca. Donde habrá necesidad de delegar individuos para una función determinada, se les dará un mandato limitado, sujeto siempre á la vigilancia y á la aprobación del público, y, sobre todo, no se les dará nunca una fuerza para obligar á la gente ó para cumplir su mandato contra la voluntad de cualquier fracción del público, debiendo quedar el derecho de emplear la violencia cuando se presentase la dura necesidad, á todo el pueblo y jamás ser delegado.

Cuando habrá pareceres diversos se hará la cosa de diferente manera, si es posible y conveniente, y si no fuera posible y conveniente, se seguirá la voluntad de la mayoría, dejando á salvo todas las garantías posibles en favor de las minorías; garantías que serían realidad, puesto que la mayoría ni tendrá el derecho ni la fuerza para obligar á la minoría á la obediencia y que harían que la mayoría cuidara de ganar la aquiescencia por medio de condescendencias y pruebas de buena voluntad...

Nadie puede precisar cuáles serán las formas sociales del porvenir y fácilmente nos hallaremos de acuerdo sobre los conceptos generales que deben guiar á una sociedad de hombres libres é iguales, con tal que esta sociedad se encuentre constituida. La cuestión es: ¿cómo podemos llegar á constituirlos?

Los socialistas autoritarios quieren imponer de arriba por medio de leyes, lo que creen bueno. Los libertarios, al contrario, queremos destruir por medio de la propaganda el principio de autoritariedad en las conciencias, y destruir por la revolución toda fuerza organizada que pueda obligar

(1) La unión de acción entre todas las fracciones del socialismo, desde el positivista, posibilista y marxista autoritario, hasta el libertario, gana cada día terreno entre nuestros correligionarios de Italia y Francia, y también en España la defendemos todos los socialistas, con excepción de los sectarios del «partido obrero». En esta unión se basan los trabajos de Daza, Delorme y Bark, que desean realizar esta aspiración en España, como la defiende en Francia la *Revue Socialiste* de París y en Italia el celebrado agitador libertario Severio Merlino, cuyos pensamientos respectivos hemos publicado hace meses en GERMINAL. Merlino ha llegado al socialismo positivo desde los extremos del anarquismo libertario, como Rafael Delorme desde el marxismo autoritario. El artículo del director de *L'Agitazione* de Ancona, Enrique Malatesta, que publicamos, contesta á Merlino con motivo de la unión propuesta y el programa respectivo.—(N. de la R.)

á los hombres á obrar en contra de su propia voluntad.

¿Creen Merlino y los socialistas que como él piensan, que el Gobierno ó Parlamento que suponen necesario para la vida social, debe tener á su disposición una fuerza armada?

Si no, entonces realmente sería poca cosa la diferencia que nos separa, porque yo soportaría gustoso un Gobierno... que no pudiera obligarme á nada.

ENRIQUE MALATESTA.

RECUERDOS.

No me recuerdes, no, las dulces horas aunque pasadas ¡ay! siempre queridas, cuando en celestes dichas voladoras se enlazaron por siempre nuestras vidas.

Ese recuerdo retará al olvido, hasta que en doble tumba, por la implacable muerte al fin vencida nuestro anhelar sucumba.

Ni yo puedo olvidar, ni tú tampoco, aquellos días, cuando en blando juego tus rubios rizos destrenzaba loco, y tu pecho latía, y poco á poco prendía en él mi fuego.

Aun en aquellos éxtasis te admiro: tu sereno mirar languidecía; tu seno hinchaba desigual suspiro, y tu labio, callando, amor decía.

En mi pecho tu frente reclinada, centelleaban al fin tus dulces ojos, luchando en tu mirada las caricias y enojos, hasta que tierna, perdonando agravios, tu voluntad doblada al dulce peso, cedía á mi embeleso, y ardiendo se buscaban nuestros labios, cual si espirar quisieran en un beso.

Entonces ¡ay! extática y tranquila entornabas el párpado divino, velando el globo azul de la pupila, y la pestaña obscura parecía en tu rostro alabastrino pluma de cuervo sobre nieve pura.

Aún soñé anoche, idolatrado dueño, que nuestro amor antiguo renacía, y fué de aquel ensueño más grata la ilusión del alma mía, que si gozase el resplandor del día positivo favor de otra hermosura. A los ojos más bellos que anima la pasión con sus destellos vence, aun soñada, tu pupila pura.

No me recuerdes, no, las dulces horas que, aunque pasadas, ¡ay! la fantasía renueva encantadoras.

No me recuerdes, no, tan dulces horas hasta que envueltos en eterno olvido anuncie la losa fría que nuestro doble ser yace extinguido.

BYRON.

EMILIO ZOLA.

París, la nueva novela de Emilio Zola, estará dentro de poco entre las manos de todos, y el obrero, el burgués, el comerciante, le discutirán con la misma pasión, como el pintor, el político y el poeta. Desde hace veinte años sucede esto

con todos los libros de Zola, y así se explica que la crítica no haya dejado de combatir al escritor que, después de tantos escritos, no ha dejado de ser intensamente *actual* en el verdadero y profundo sentido de la palabra; porque su obra de imaginación es la *acción* de las dos fuerzas que *accionan* sobre toda la sociedad contemporánea en Francia y fuera de Francia.

Esto lo explica también por qué es tan viva esta influencia eléctrica en Nueva York como en San Petersburgo, en Roma como en Berlín. Las dos fuerzas son: la democracia y la ciencia.

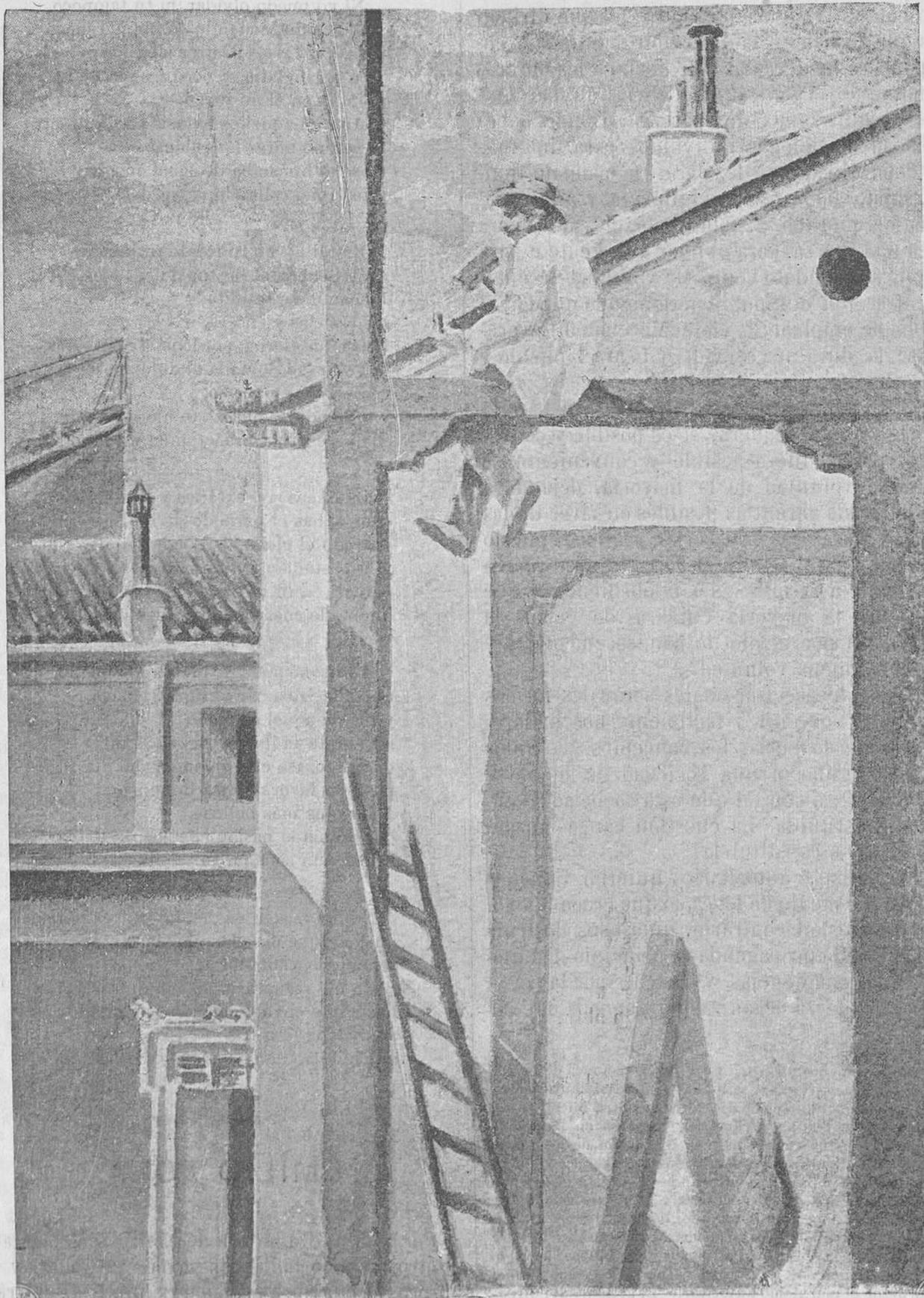
Quiero demostrar cómo animan la obra entera de Zola á través de una variedad tan prodigiosa de los asuntos tratados, y quiero precisar el lugar que estas fuerzas le señalan en la historia de la novela moderna.

* * *

Sobre todo esta obra es democrática, lo cual no significa que desarrolle y sostenga algún programa familiar al partido de este nombre. Hay que hacer notar cómo ha sabido sostener este no-

velista, tan indignamente acusado de especular sobre las bajas pasiones de su época, la valiente libertad de su observación, desagradando á todos los partidos.

La característica de una sociedad democrática consiste en que es una comunidad donde el goce y el trabajo sean repartidos por partes infinitamente proporcionadas entre muchos. La originalidad de las novelas de Zola se cifra en que ha sido el primero en apercibir el elemento de belleza desarrollada por una energía colectiva. Estudiad la estructura de casi todas sus narraciones, desde *Assommoir* que marca su completa maestría, haréis constar que su héroe es siempre no ya un *Padre Goriot* ó *Rojo y Negro*, un individuo cualquiera, sino un conjunto, una vasta actividad anónima, de la cual depende cada individuo. En *Germinál* es una mina, en la *Bestia humana* un ferrocarril, en la *Dicha de las señoras* un gran almacén, en *El Dinero* una casa de crédito, y en la *Débacle* aquel monstruo indeterminado y tremendo: un ejército moderno. En *Lourdes*, *Roma* y *París*, es toda una ciudad.



VILLALBA.—EN EL ANDAMIO.

En estos enormes organismos cuenta todavía el esfuerzo de cada individuo; pero como un número es una suma, absorbido y como un valor relacionado con la suma. Estos libros hacen sentir y comprender con arrebatadora magia aquella aglomeración de cifras humanas y el carácter colosal, desmesurado, casi grandioso, de la totalidad.

El autor de los *Rougon* es el primero que haya realmente visto y aceptado la nueva sociedad presente, en lo que constituye esta novedad: la sustitución de la masa organizada á la iniciativa personal; la victoria de la muchedumbre y la desaparición, ó al menos la disminución, del poder de los individuos privilegiados. Se puede lamentar esta violenta é irresistible corriente de la democracia; esta corriente existe, y ha encontrado en Emilio Zola su pintor, mejor dicho, su poeta; un visionario de esta marca tremenda, igual en talento al fenómeno que tenía delante de su vista.

* * *

Admitida una vez la idea que el lugar predominante en los libros de este artista está ocupado no más por un sér individual, sino por un sér tan complejo que es amorfo, una colectividad, se explica cómo se han subordinado sus procedimientos artísticos á este fin nuevo, y se comprende el motivo de que la «técnica» de la novela se ha modificado entre sus manos en un sentido que es fácil reprocharle. ¡Exigir de un autor calidades encontradas á las que posee!

Habiéndose propuesto presentar masas en movimiento, ha reducido el autor de *Germinál* el análisis individual al mínimo; sus personajes, muy claramente dibujados y con vida propia, no están nunca profundizados más allá de un cierto punto. Son esbozados para ocupar en el inmenso conjunto humano que el artista quiere presentar, un lugar sin resaltar demasiado. Al estudio del carácter sustituye la exposición de los instintos. Es su limitación; pero también su fuerza. Hay que leer en *Germinál* la narración de la huelga, y en la *Débacle* la de la batalla de Sedán, para comprender que efectos semejantes sólo podían obtenerse por el sacrificio resuelto de lo pintoresco psicológico.

Frecuentemente se ha observado la profunda modificación que se realiza en una sala de teatro, por el sólo conglomerado de los espectadores. Las 1.500 personas tienen aislada cada una su manera de pensar particular y sus diferencias son casi irreductibles. De repente se borran estas diferencias; una emoción les une á todos en un estremecimiento común, y un alma única se manifiesta en estas almas tan diferentes. Esta armonía casi milagrosa de las grandes vibraciones humanas tiene siempre por motivo algunos sentimientos muy sencillos, pero muy esenciales.

Sin detenerse en las curiosidades, ni en las sutilezas, ha obedecido el maestro de Medan á este principio, y discutir su método significa lo mismo que reprochar á un pintor *al fresco* de no ser miniaturista.

* * *

El mismo principio de simplificación necesaria, ha llevado al poderoso artista en sus pinturas de instintos hasta aquellos extremos atrevimientos que se le ha recriminado con tanta frecuencia, y esto es, el lugar de notas en que se encuentra animada esta obra audaz, pero absolutamente sincera; y por esto sólo muy sana, por la otra fuerza de nuestra época: la fe en la Ciencia.

Este *credo*, fuerte de nuestros grandes antepasados, es también el *credo* íntimo y profundo de la obra de Zola: la fe en la unidad de la verdad, la convicción de que el único elemento de la salud para el hombre está en el conocimiento y la aceptación de la ley, y por consiguiente, de la realidad; porque en el orden moral como en el orden físico, queda exacta la célebre definición: «Las leyes son las relaciones necesarias que resultan de la naturaleza de las cosas.»

Toda la estética de la escuela llamada realista, naturalista, analítica, psicológica, y que debiera llamarse escuela de observación, se basa sobre ésta fórmula: ¡Qué grandes parecen ahora Balzac, Stendhal y Sainte-Beuve! Al leer la *Comedia Humana*, *Rojo y Negro* y los *Lunes*, experimentamos una emoción contemporánea y directa. Lo que hallamos, lo que amamos en estos libros, es la verdad y su acento inimitable.

La misma verdad buscamos y gozamos en las producciones de los grandes líricos de aquella época. Los versos de Lamartine, de Hugo, de Musset, de Vigny, de Gautier, que aún no han envejecido, son aquellos donde los autores, á pesar de sus propias teorías estéticas, han fijado sencillamente, con exactitud, la sensibilidad de su generación.

Lo caduco de sus obras son aquellas donde desconocieron este espíritu de información exacta, el genio mismo del siglo. Los últimos románticos han hermanado la poesía con la ciencia, y la imaginación con la realidad. Con Baudelaire se hace la elegía analítica y psicológica. Detrás de todas las poesías de Leconte de Lisle, se esconde una erudición técnica de un rigor extremo. Haubert, nacido en un hospital, hijo de un médico, ha respirado la ciencia por todos los poros, y, sin embargo, apasionadamente enamorado de la forma, cree en *Madame Bovary* el tipo mismo del arte moderno, donde están unidos, mezclados y confundidos en una indisoluble amalgama, la verdad y la belleza, y ésta derivando por completo de aquélla.

* * *

Las novelas de Emilio Zola han salido del concepto definido admirablemente por Taine al llamar la literatura una «psicología viva».

El autor de los *Rougon-Macquart*, ha considerado la novela como una especie de experiencia hipotética intentada sobre datos positivos cuya primera condición era que fueran verdaderos los datos, y lógica la hipótesis.

Cuando para este infatigable obrero habrá llegado la hora de la justicia, se reconocerá, cuál labor inmensa de documentación anterior supone cada uno de sus libros. También se discernirá la intención constante del escritor: establecer sobre la Francia contemporánea una información lo más exacta posible para colocar el problema social en sus verdaderas condiciones.

Entonces no se le discutirá el derecho de describir la *realidad entera*, que es la de todo sociólogo y todo historiador. Si el ardor de la convicción, el valor de sus propios principios, la intransigencia de la doctrina, la perseverancia en el trabajo, son altas cualidades profesionales del artista literario, hay que decir que en la actualidad es Emilio Zola una de las figuras que en mayor grado posee estas grandes virtudes.

Toda su obra está impregnada de aquella lealtad intelectual que por sí sola constituye la enseñanza más eficaz y viril. Por esto, tiene razón de protestar contra el reproche de la inmoralidad tan ligera, ó pérfidamente prodigado al resultado de su inmensa labor. Puede no haber

visto siempre con exactitud al panorama colosal de nuestra vasta democracia. La libertad de sus colores puede haber chocado á ciertas delicadezas. Afirmo, sin embargo, que todo lector de buena fe, al llegar al fin de los *Rougon-Macquart* y de las *Tres ciudades*, saludará en el autor de este vasto manuscrito á un gran escritor honrado, y al talento más robusto de nuestra época.

PAUL BOURGET.

LAS OCHO HORAS.

EN el Congreso de Seravezza y de Pisa, tratándose acerca de la ley sobre los accidentes del trabajo, hablando á propósito de una medida preventiva, propuse que la primera debía ser la limitación del trabajo á ocho horas, de acuerdo con la del *mínimum* del salario; creo, sin embargo, que esta famosa ley será considerada, según la voluntad de los operarios y de los industriales.

Conviene establecer una ley que reglamente el *máximum* de las horas de trabajo y el *mínimum* del salario, para evitar que las obligaciones impuestas por los patronos pesen sobre los operarios en menoscabo de los intereses de éstos, y contribuyendo, en cambio, al aumento del trabajo.

El Congreso de Pisa, presentando la cuestión bajo otro punto de vista, el higiénico, observó, muy atinadamente, que era desde donde mejor podía resolverse, porque desde aquí se persigue un fin humanitario.

No sólo por lo que afecta á la materia ó al organismo físico, sino por lo que puede atrofiar la facultad intelectual, está demostrado (por la Academia de Medicina de París en sus estudios en 1896), que el excesivo trabajo, excesivo por su duración como por su rudeza, lleva fatalmente al *surmenage*.

Aquel trabajo excesivo lleva al agotamiento físico, imposible de reparar por el reposo, y que deja una huella inefable en el organismo, que queda debilitado. De otra parte va acompañada la cuestión de la duración del trabajo, considerada bajo el punto de vista físico-patológico, de la cuestión del funcionamiento del organismo, siendo manifiesto que el aparato digestivo funcionará bien si después de la comida halla el reposo necesario para la digestión. La sangre se renueva suficientemente con una buena digestión, que no es posible si el obrero se encuentra obligado á hacer un penoso trabajo después de la comida; porque la sangre del cerebro y de los miembros fatigados se sustrae del estómago, que la necesita para su funcionamiento.

Y cuando el organismo no está en condiciones normales de resistencia, está predispuesto á las enfermedades.

También creo que el excesivo esfuerzo físico é intelectual puede ser la causa del aumento de los delitos. Ciertamente es que el que más sufre en el organismo debilitado es el sistema nervioso, y especialmente el cerebro. Su última consecuencia es la neurastenia cerebral, y de ésta á la locura no hay más que un paso, y así se comprende que los Caserio, Acciatori, Angiolillo y otros procedan con preferencia de la clase trabajadora y no de la clase media.

* * *

Me había propuesto escribir respecto á las *ocho horas* sólo bajo el punto de vista higiénico; pero no puedo dejar de observar que la limita-

ción del trabajo á ocho horas también tiene importancia bajo el concepto moral; las observaciones y las estadísticas demuestran que la ignorancia es tanto mayor cuanto más tiempo dura el trabajo. Y esto es natural: el obrero que sólo trabaja ocho horas puede dedicar las otras á la educación suya y la de sus hijos; puede tener, además del reposo físico, aquel descanso mental que le capacita para reflexionar sobre los diferentes problemas sociales, y podrá discurrir sobre ellos desde un punto de vista más elevado que la vida meramente vegetativa.

Tampoco creo que la mayor libertad del obrero le entregaría al alcoholismo; al contrario, beben muchos obreros por encontrar en la bebida una reparación, aunque ilusoria, de la fatiga física y moral, y por el deseo de olvidar la tristeza de su existencia.

Y así llegamos inevitablemente á la conclusión de que la limitación de la jornada del trabajo á ocho horas está unida á la fijación del *mínimum* del salario, porque al obrero no es suficiente el oportuno descanso si no tiene la alimentación indispensable, tanto por su calidad como por su cantidad.

No entraré en el estudio económico del problema, porque me falta la competencia para considerar la cuestión bajo este transcendental aspecto.

DOCTOR CALDERAI.

UN BOHEMIO SOCIALISTA.

(MI EPÍLOGO Á DELORME.)

ENTRE las bellas ilusiones que acariciaba Rafael Delorme, figuraba en primer lugar la esperanza de dar á su patria una historia del socialismo, como no la posee Francia ni Alemania.

Los primeros capítulos aparecieron en *La República Social*, cuyo semanario era la continuación de la *Democracia Social*, y el precursor de GERMINAL. Bajo el título *Las escuelas socialistas* publicábamos una serie de «folletos sociológicos», para los cuales había escrito Dicenta el prólogo, y yo había prometido resumir la obra monumental del entusiasta propagandista en un epílogo donde apareciese un estudio comparativo del socialismo español con el de los demás países.

GERMINAL acabará la obra comenzada por Delorme y publicará la historia del socialismo, aprovechando los hermosos capítulos del iniciador, á quien dedicará un artículo, haciendo justicia á lo mucho que ha servido aquel bohemio á la causa del movimiento social de hoy, en el cual ocupa uno de los primeros puestos al lado de los internacionalistas como Jaurès, Bebel, Allemane, Costa y Cipriani, á los cuales iguala en entusiasmo. Si hubiera vivido más años, no dudo que hubiera alcanzado la celebridad de un Malon, Kautsky, Malatesta, y tal vez Krapotkin y Lavrof.

Tuvo Delorme la mala estrella de adherirse cuando comenzó sus campañas socialistas al «partido obrero», donde sus peculiares talentos de propagandista debían quedarse oscurecidos, y donde su honradez y sinceridad le debía cerrar el camino á los puestos directivos. Sus conocimientos superiores á los de Pablo Iglesias, Abascal, Mesa, Simal, y tantos otros con pretensiones de jefatura, le hacían un elemento poco grato entre aquellos ignorantes, temerosos de perder su ascendencia sobre los secuaces del «par-

tido obrero». Sin ser ambicioso, no quería Delorme soportar aquella conspiración de la ignorancia, porque redundaba en perjuicio del partido socialista, reducido poco á poco á un rebaño de pobres ignorantes, dirigidos sin fin ni miras elevadas por unos cuantos que se habían erigido en jefes vitalicios, con sueldos fijos, pagados por el partido, ó sea por los céntimos de los obreros.

Delorme se había señalado como socialista en Málaga. Siendo empleado en la casa de Larios, había agitado contra estos rapaces explotadores de sus obreros. ¿Cómo podía sufrir sin protesta aquella explotación miserable en nombre del socialismo?

La ruptura con el partido obrero era indispensable, y tuvo lugar en una Asamblea general. Delorme ha combatido siempre la sospechosa táctica de aquella agrupación de hacer la guerra á los republicanos, y esto le obligó á separarse de sus antiguos compañeros, protestando pública y solemnemente contra aquel proceder, que ha sido la causa de la esterilidad de la agitación del partido obrero español y objeto de justificadas censuras.

Por algún tiempo se retiró Delorme de la propaganda socialista, dedicándose á escribir su obra principal sobre los *Aborígenes de América*, y varias monografías sobre el problema cubano y otros asuntos de actualidad. *La Justicia* le había brindado con un puesto de redactor, donde ganaba lo suficiente para sus modestas necesidades. Su familia le solía enviar además de cuando en cuando algunos miles de reales. Si se encontraba frecuentemente sin hogar, entregado á los azares de la bohemia, no era por falta de recursos ó de amigos eficaces, sino por su idiosincrasia, enemiga de todo orden y método en su presupuesto personal. Este mismo culto por la independencia más absoluta le impedía tomar un destino ó abrazar una profesión, para lo cual no le faltaban, ni los conocimientos, ni menos aún las relaciones y el capital necesario para establecerse. Había nacido para bohemia, como Verlaine, Edgar Poe, Alejandro Sawa, Joaquín Dicenta, Manuel Paso, y tantos otros talentos en otro orden de ideas.

Matilde, la famosa esposa de Enrique Heine, hizo á éste los reproches más amargos por sus bohemiadas, y en los momentos de apuros pecuniarios le aconsejaba tomar una colocación de hortera. ¡Enrique Heine hortera! Algo parecido era Rafael Delorme; una existencia *burguesa* le era imposible; tenía nostalgias de libertad propia de aquellos bohemios que recorren el universo sin tener ni siquiera una patria. Por esto era Delorme tan dichoso y siempre estaba contento; no era una víctima de la sociedad, como algunos le han caracterizado, con la mejor intención, como Eusebio Blasco y Zeda. Un Balzac hubiera descrito á este bohemia con su pluma inimitable, y tal vez nos presentaría en él un poeta de la manera de San Francisco de Asís, otro soñador de la libertad y pobreza, al cual se parecía también por el entusiasmo por la naturaleza, y por la ausencia de las pasiones amorosas; porque parece que los entusiasmos de estos poetas estaban tan absortos por los ideales humanitarios, de modo que no les quedaba tiempo para más que amores meramente epidérmicos.

Una preciosa niña rubia fué durante algún tiempo el objeto de los ensueños de Delorme; pero no era más que un cariño fugaz, que se desvaneció sin conflictos, puesto que los padres creyeron más conveniente casar la niña con un joven menos entregado á la propaganda revolucionaria. La nota erótica falta en la novela de nuestro bohemia, como faltaba en la de Byron y

Lassalle, cuya aventura con la Helene Donniges obedecía más bien á impulsos de ambición que del amor. El ideal social preocupaba á Delorme tan por completo, que no tenía tiempo de enamorarse y dedicarse al amor.

Esta abnegación absoluta en el servicio por un gran ideal, hace del bohemia una figura hermosa, digna de ser celebrada por el cincel de un Benlliure. La fe de Delorme en el socialismo era contagiosa y se comunicaba á toda esta bohemia del café Fornos y café Inglés, que estaba en busca de un ideal grande por el cual valiera la pena de trabajar y luchar. Esta fe inquebrantable transformaba las burlas y sonrisas compasivas con que la imbecilidad presumida contestaba al principio al entusiasmo socialista en benevolencia, y más tarde en aplauso, y al fin consiguió llevarse á nuestro campo toda una corriente de literatos y artistas, tras los cuales sigue ahora el vulgo, ávido de emociones nuevas.

Pocos han tenido una vida tan feliz como este filósofo bohemia, y tal vez figurará su nombre entre los que quedarán en la memoria de la posteridad, cuando las celebridades del día estén olvidadas.

ERNESTO BARK.

Á DICIEMBRE.

SONETO.

El arbusto sin verde vestidura,
desprovistos los campos de follaje,
y el verjel del poético ropaje
que animación le presta y hermosura.

Doquier obscuridad, doquier negrura,
y tinieblas y brumas y celaje,
y la nieve en compacto maridaje
el paisaje entristece con su albura.

Ya no vagan los céfiros tranquilos,
y yertos aparecen los pistilos
en el tierno capullo deshojado.

Del hambre y la miseria eres compadre,
y me debes la vida de mi madre,
por eso siempre te odio y te he odiado.

C. DE LA CRUZ Y PRADA.

RÁPIDA.

PROCESO SENSACIONAL.

Para los periódicos de rotativa, las rabaneras históricas, los modernistas sentimentales y el vulgo de salvaje ignorancia ha sido espectáculo de extraordinaria atracción el proceso del desgraciado Villuendas.

Todo él es, con efecto, fenómeno característico del genio de nuestra raza. Una familia burguesa que vive trampa adelante, todo un cate-drático, hombre de elevada posición social que siente en su hogar las amarguras del despilfarro y la servidumbre de las deudas contraídas á sus espaldas; una señora de la clase media, derrochadora, inconsciente, desplegando maquiavélico espíritu de intriga y un artesano suficientemente astuto para especular con el desbarajuste y el desorden de una casa rica; la mujer de este artesano y los chiquillos del matrimonio sumidos en la miseria por un afán de codicia; todos estos personajes de la acción que ante los tribunales de justicia se ha desarrollado estos días, son tipos arrancados de la realidad de esta vergonzosa sociedad española en que la cursilería va del brazo con el crimen...

Y ese público de gente del pueblo que acoge con vitores y aplausos la absolución de un asesino vulgar y no protesta ni se subleva ante la miseria de que es víctima, ni ante los horrores del castillo de Montjuich; pero que se entusiasma por la novelesca muerte de un par de Romeos y Julietas del arroyo, ese público es el mismo que va á las romerías, acude á las procesiones, soporta el yugo de la servidumbre y odia por instinto los progresos de la ciencia...

Y ese Jurado que absuelve á un desdichado, cegado por la codicia y dignifica el delito brutal por una mala pasión engendrado, es el que condena con absoluta indiferencia de la opinión pública á aquél honrado jornalero que, compareciendo como testigo en un juicio oral, se negó á jurar por Dios y por creencias que no eran las que su conciencia profesaba...

Ese es el país; ¡que lo redima quien pueda!

S.

GÓMEZ CARRILLO

Y SU LIBRO ALMAS Y CEREBROS.

GENTE joven, de espíritu levantado, de corazón generoso; plumas que cual piquetas hagan añicos los últimos idolos de esta sociedad careomida; inteligencias que popularicen ideas nuevas y nos hagan ver un más allá más puro y perfecto que el ambiente burgués que nos envuelve; hombres valientes que analicen el alma y el espíritu de este fin de siglo, preludio de transcendentales acontecimientos; escritores de ruda franqueza, no retóricos; escritores de fibra que sufran los torcedores tormentos de nuestro estado actual, no momias, es lo que deseamos, lo que pedimos todos los que en el pecho, en vez de estopa, tenemos un corazón para amar y aborrecer, y bajo el cráneo algunas células luminosas que presienten una sociedad futura más perfecta que la actual.

Tales escritores, sin embargo, no salen; parece que así como nuestra atmósfera moral está asaz corrompida, del mismo modo nace la juventud de la cual debemos esperarlo todo, con los vicios de origen, falta de meollo, egoísta y escéptica, sin los ideales que convierten á los hombres en héroes ó en mártires.

Gómez Carrillo es una brillante excepción. Pocos hay que, como él, ofrezcan al público toda su alma, todo su corazón, para hacerle sentir, dar calor y reanimarle en las supremas horas de desfallecimiento; y aunque no siempre logre su objeto, digno es de elogio, pues sintiendo él los problemas contemporáneos, los problemas del amor, de la paz y del trabajo, y siendo en ellos, en vez de espectador, actor, víctima explotada, fuerza es que sus tormentos le arranquen, ora una viril protesta, ora un gemido que hiele el alma. Así su estro es á veces triste, desesperante, de tan intenso sentimiento, que algunas de las *Historias sentimentales* que contiene *Almas y cerebros*, postran al extremo de que, si el libro no sugestionara por su deliciosa belleza, lo cerraríamos, para no sufrir luego las consecuencias del exceso de atención, de alma y vida que durante su lectura hemos de prestarle.

Sin embargo, Gómez Carrillo es un optimista, es un *ingenuo*; á través de sus escritos, privados ó públicos, se adivina todo su carácter franco, sencillo, ideal; todos sus amores, todos sus deseos y todas sus penas. En su alma no hay repliegues, su ingénita bondad cautiva á todos, hasta al difícil Clarín, que ha puesto prólogo en un libro



E. S.—LA VELADA EN LA ALDEA.

que confiesa no se amolda al estado actual de su ánimo; y Clarín ha escrito el prólogo por el libro de Gómez Carrillo, que no lo habría puesto seguramente á ser de otro, y porque, entre sus páginas, adivina el temperamento de un verdadero artista, de un pensador original.

Los francos entusiasmos del autor de *Almas y cerebros*, no siempre justificados, demuestran su bondad y noble entusiasmo. Entre los que él llama *jóvenes maestros*, sólo ve la parte sana, no la pedantería excesiva y falsa originalidad de casi todos. Las reflexiones que Leopoldo Alas hace á este respecto son justísimas y atinadas, y como él, creo que es una crisis momentánea que desaparecerá pronto de Carrillo.

Por otra parte, la espontaneidad de su pensamiento y algunas de sus opiniones, no por ser originalísimas y algo extrañas á veces, dejan de merecer admiración y alabanza por la franqueza que revela al exponerlas, y aunque algunos tomen como herejía el que Carrillo diga que Verlaine es genio al lado de Homero, yo encuentro deliciosa y lógica la idea, y comprendo que más intensas sensaciones produzcan las bellas estrofas de *Sagesse* á un joven que, como Carrillo, vive la agitada vida de París y siente sus sacudidas, que las gigantestas luchas de los héroes de Homero.

Señores, no criticar esta idea del autor de *Almas y cerebros*. Yo sé de algunos que la critican que jamás han leído á Homero y que esperan la hora de la muerte para decir como aquel célebre escritor: ¡Me revienta el *Dante!*...

No podemos llamar á Gómez Carrillo escritor castizo, sería una adulación que no cuadra á escritor tan amante de la verdad. Que su estilo no

peca de correcto, que abusa de ciertos adjetivos algo impropios, pero que expresan mucho mejor sus ideas; que el giro de sus párrafos resulta á veces afrancesado, es verdad; pero verdad también es que pocos escritores españoles logran imprimir un sello tan personal á sus trabajos, una vivacidad, soltura, elegancia, valentía y modo de decir tan agradable, tan subjetivo, que hace se lea su prosa horas enteras sin que fatigue ni canse. Mil veces preferible es esa prosa, si algo incorrecta, traviesa, rica y varia que la fría y académica de algunos señores que pasan por buenos prosistas. En la de Carrillo, por lo menos, hay vida, hay alma.

A un refinado gusto, á una superior cultura, une Gómez Carrillo cualidades de buen psicólogo, y prueba de ello los nueve cuentos de su libro, y no nombro ninguno en particular, porque todos ellos son de un mérito y delicadeza de análisis poco común. Hasta sus temas, los que no son completamente nuevos, están contados y vistos bajo un prisma personal interesantísimo.

La vulgarización que de los templos de arte y de escritores hace en la sección *Intimidades parisienses*, mucho ha de gustar á los curiosos lectores, ya que rápidamente, como en un cinematógrafo, pasamos del gabinete de Huysmans, Daudet, Zola, al de Wilde, Coppel, Sarecy, Strindberg y otros. A todos ellos pinta Carrillo con cuatro rasgos, dándonos una idea exacta de tan diversas personalidades.

Lean, los que no lo conozcan, el nuevo libro de Gómez Carrillo, *Almas y cerebros*, y seguro estoy que encontrarán en él agradable solaz para el espíritu, y, sobre todo, multitud de temas sugestivos y un nuevo escritor á quien admirar.

BERNARDO RODRÍGUEZ.

Barcelona, Diciembre 97.

LA BAILLORA.

SE llamaba Aurora y era sevillana como las aceitunas. Había en ella algo que recordaba el tipo de la andaluza soñado por la delirante fantasía de Musset. Los brazos, la garganta, el seno, mostraban en sus líneas puras y en sus contornos delicados una elegancia perfecta, y eran tan finos, que faltaba poco para hacerla parecer delgada; sus ojos, unos ojos inquietos y profundos de gacela, se llenaban de una expresión singular, de una mezcla inefable de candor y de un no sé qué celeste, seráfico, que iba derecho al corazón y removía las entrañas. Cuando levantaba sus largos párpados, que parecían transparentes, y fijaba en alguien su mirada, á la vez triste y burlona, producía un sacudimiento nervioso, algo así como una pena indefinible, como una piedad inmensa y una singular y extraña emoción, que no era precisamente amor, sino más bien una caridad ardiente, algo como un culto de artista y un entusiasmo que se apodera del alma ante el espectáculo del mar embravecido, de un refulgente ocaso envuelto entre llamaradas espirantes, ó ante una hermosa estatua de niveo mármol ó un bellissimo y suave lienzo de Murillo.

Los labios, algo gruesos, quitaban al rostro la expresión poética, eterizada que se desprendían de sus ojos y parecían abrirse con ansia de deleites, mostrando la doble fila de dientes blanquísimos, menudos, apretados, hechos para desmenuzar chucherías y golosinas de que tanto gustan las andaluzas; de todo aquel cuerpo esbelto y arrogante se escapaban aromas deliciosos y mágicas fascinaciones; de aquella boca sensual que, al plegarse en una sonrisa, dibujaba

dos lindísimos hoyuelos en la comisura de los labios, se exhalaba un aliento de fuego, cálido y perfumado, que trastornaba y seducía los sentidos.

Cuando se erguía de pie sobre el tablado, haciendo rodar y repiquetear alegremente las castañuelas dentro del hueco que formaba con sus manos, al son de la música viva y precipitada de las sevillanas su mirada se trocaba en picaresca y atrevida; era traidora como una puñalada por la espalda, y voluptuosa como una caricia apenas disfrutada. Tenía en su cuerpo retrechero agilitades de ardilla y arrogancias de reina; se retorció como una serpiente, redondeando los brazos y balanceando el talle, entre brincos airosos y ondulaciones de palmera; se agachaba y de nuevo se erguía, hiriendo el tablado con el tacón de hierro, y de pronto se paraba, echando atrás la cabeza, los ojos ahogados en un éxtasis de amor; el cuerpo sacudido por estremecimientos suaves, que hacían temblar ligeramente los labios entreabiertos y las alas rosadas de la nariz, algo achatada, pareciendo respirar aromas que llegaban de la lejanía.

*
* *

En torno de la mesa de café, mientras subía hasta nosotros el rumor vago y molesto de las conversaciones que se cruzaban entre los parroquianos, apurando á sorbos pequeños la manzanilla, que lanzaba reflejos dorados á través del cristal de las *cañitas*, me contaba la *bailaora* los recuerdos de su niñez y las mudanzas de su vida errante de artista flamenca, con su acento andaluz, que cambiaba las sílabas en notas de música y regalaba los oídos dejando flotar en el aire armonías súbitamente interrumpidas y dulces vibraciones de pronto apagadas.

Su voz tenía acentos melódicos al evocar la radiante visión de aquellas hermosas noches de Andalucía, llenas de calma apacible y de frescura deliciosa, oyendo á lo lejos las campanillas de los caballos que galopaban sobre los caminos; sin viento, ni brisa, únicamente de vez en cuando un céfiro suave pasando como un estremecimiento que murmura y se apaga, cual si un fantasma invisible se deslizase en la sombra, dejando en el aire un rumor sordo de vagas palabras. Y en medio de aquel silencio invade el alma una poesía, callada primero y que luego se exhala en armonías vibrantes que suben al firmamento azul donde la vía láctea brilla con chispazos argentados, y dibuja sobre la tierra sombras enormes de edificios inmóviles y otras más pequeñas de seres que se agitan; parece oírse la respiración de la Naturaleza, aún fatigosa por el calor del día, cual el aliento de una sultana desnuda que atraviesa jadeante las gradas de mármol del serrallo por donde vagan tenues suspiros de amor.

Oyéndola parecía desfilarse ante mis ojos, como el pensamiento de una maravilla ignorada, Sevilla, la ciudad mora con sus calles estrechas y silenciosas, aún alumbradas por los reflejos del sol poniente; pero despoetizadas por la capa de cal que cubre las fachadas de las casas y que desfigura la Sevilla antigua, elegante y esbelta, disfrazada bajo sus nuevas vestiduras, cual una hermosa africana que trocarse por los chales europeos su rica chaquetilla bordada y su ancha faja de oro. Pero en los patios, cuando de noche se recoge la *vela*, cuya tela húmeda conserva la frescura del piso durante el día, y se encienden las grandes linternas artísticamente colocadas, Sevilla ofrece un aspecto fantástico que tiene algo de apoteosis de magia.

Ya de mocita, cual mariposa que revolotea inquieta recién salida de la crisálida, Aurora ensayaba sus pasos de baile en aquellos patios de Andalucía, embaldosados de mármol, que parecen claustros rodeados por columnatas árabes sobre las cuales descansan las arcadas ojivales góticas ó cortadas en forma de herradura. En el centro del patio surge un chorro de agua, que baja y sube á intervalos, con dulce murmullo y semeja una hebra finísima de plata, donde juega la luz reverberándose en múltiples colores, bajo un cielo salpicado de estrellas brillantes, y en medio del aire impregnado del perfume de las flores y de los naranjos que se elevan en los ángulos.

*
* *

La profesión de Aurora era hereditaria en su familia y fruto de una afición invencible hacia la poesía y la música populares de Andalucía; no era la repentina pasión del *Valmajour* de Daudet por el tamboril de la Provenza: «*Ça m'est venu de nuit, en entendant chanter le rossignol...*» La madre de Aurora dejó un nombre célebre entre la gente flamenca, que recuerda aún sus pasos de bolero, sus arrogantes actitudes y la flexibilidad de su talle de ondina, meciéndose al compás del rasgueo furioso de la guitarra entre los olés y las coplas salvajes de las jaleadoras. Cuando de niña veía Aurora bailar á su madre, excitando el entusiasmo brutal de los espectadores, la miraba embobada, con la expresión maravillada que tiene la infancia ante todo lo que atrae la atención y cautiva los sentidos. En aquellos ojazos suyos tan extraordinarios, donde aún no había relampagueado la pasión ni se había encendido la llama del amor, se retrataba un ávido deseo de niña de imitar un día aquellos graciosos movimientos que la llenaban de asombro y la sumían en éxtasis de admiración inconsciente.

Había recorrido casi todas las capitales de Andalucía en una marcha triunfal, subyugando los corazones y provocando los entusiasmos meridionales tan exuberantes, sembrando á su paso los deseos y agitando insensible las castañuelas sobre las cabezas de sus adoradores, que mendigaban una sonrisa de amor, una mirada de ternura, que ella concedía pródiga y fría, con la caridad del rico que arroja una limosna al pobre sin que sus dolores le conmuevan ni sus lamentos le apiaden. Allí, en el fondo de su corazón, se agitaba un ideal, rico en promesas y risueño en esperanzas, que siempre huía ante ella, algo como un sendero florido, de luces diáfanas y aromas deliciosos, que se le apareciese en lontananza y á donde nunca llegaba en su marcha loca, entreverada de goces furiosos y desfallecimientos terribles. Tenía, al evocar el recuerdo de esta constante lucha, en su mirada un reflejo extraño de imágenes ignoradas que parecían deslizarse por su pupila dilatada y sacudimientos que semejabán espasmos de pasión, en el seno agitado que tendía la tela del vestido con rigideces de sudario. Acariciaba mágicos ensueños y esplendorosas visiones de amor que hacían pasar por sus ojos relámpagos fugaces de voluptuosidad y ponían en su boca mohines graciosísimos, inconscientes caricias de fuego jamás gozadas.

Y de pronto la risa retozaba en sus labios y encendía llamaradas de alegría en su mirada; su voz tomaba dulces inflexiones y encantadores acentos de sirena; encontraba actitudes de lánguido abandono, provocativas, incitantes, con algo de canallesco en los ademanes y de lascivo en los gestos que la hacían deseable. Pronunciaba á media voz palabras ininteligibles, que se perdían

en una sonrisa llena de promesas voluptuosas y se retorció entre gritos apagados de pasión que pasaban silbando á través de sus dientes apretados. Y yo la miraba embelesado, creyendo ver en ella la Eva del Edén perdido, de un paraíso de amor plagado de delicias, mientras ella se inclinaba, se mecía, desplegando sus formas divinas, llevando con el pie diminuto, que levantaba la falda, el compás de la copla que allá arriba, en el tablado, entonaba la *cantaora* jugando con los flecos de la mantilla, bordeada de rosas y de flores:

«El día que tú naciste
cayó un pedazo de cielo,
y hasta que tú no te mueras
no se tapa el agujero.»

NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA.

LA JUVENTUD DE HOY.

«Los que tienen la misión de filosofar sobre nuestros tiempos, sobre las grandes corrientes del pensamiento y de la acción contemporáneas, y sobre las ideas nuevas del siglo, nos anuncian desde algún tiempo con insistencia que algo grande se prepara. Se admiran ante todo de la actitud de la juventud á la cual ven agitada, preocupada de cuidados desconocidos, en fomentación de ideas que sorprende é inquieta á los filósofos citados. Los más prudentes no se indignan ni condenan, sino tratan de «comprender» el por qué la juventud de hoy no quiere el estado actual de las cosas.»

Así sucede en Francia y exactamente lo mismo ocurre en España, Alemania y Rusia. Europa entera ó mejor dicho los pueblos civilizados, están en un estado de fermentación revolucionaria como Francia hace cien años.

Ernesto Lavisse, catedrático de la Universidad de París, reconoce que «la mayoría de los jóvenes se hacen discípulos de los oradores y doctores socialistas; considerando la reforma social, la verdadera y única obra de hoy y del mañana, y despreciando y ultrajando á los políticos que sólo hacen política.» Albert Livet confirma en la *Revue Socialiste* lo dicho por aquel: «la juventud universitaria, la juventud burguesa de nuestras escuelas está atormentada en sus mejores individuos, y estos ejercen únicamente una influencia, por aspiraciones nuevas, ó está sometida ya al poderío del gran movimiento de renovación social que lleva este fin de siglo hacia horizontes incalculables.»

La revista de los estudiantes parisienses explica en su programa el *por qué somos internacionalistas* y contesta entre otras razones: «Los privilegiados por la riqueza debieran tener el corazón atrofiado de todo sentimiento para no preguntarse: ¿de dónde les viene este exceso de dicha? y buscan y no comprenden por qué sus semejantes, sus iguales no pueden nunca conseguir los bienes de fortuna que ellos poseen tan abundantemente... y si tienen aún alguna sensibilidad, aperciben los murmullos, las quejas, los gemidos y los gritos de aquellos que trabajan para que ellos sean los reyes y señores del orden actual. Estos ecos resuenan dolorosamente en su alma y el remordimiento de su bienestar les sumerge en la tristeza é inquietud.»

Desde 1891 se organizaba aquel movimiento en París y publicaba la revista *Era Nueva* y celebraba conferencias sociológicas que en 1893 estaban á cargo de los prohombres socialistas: Deville (Socialismo, Revolución, Internaciona-

lismo); Allemane (Movimiento sindical obrero); Brousse (Servicios públicos); Fournière (Evolución de las formas sociales); Guesde (El Colectivismo); Jaurès (El individuo y el socialismo); Lazare (Unión Revolucionaria); Reclus (El comunismo anarquista), y Vaillant (La acción socialista). En 1894 publicaba aquella juventud los folletos: *El socialismo y los estudiantes y Propaganda comunista revolucionaria*.

Importantísimo es la *Unión Democrática para la educación social* fundada en 1896 por estudiantes y profesores entre los cuales brillan los nombres célebres de Berthelot, Aulard, Gide, Lavis, Giard, Gervais, Gley, Jacquín, Bourgeois, Brisson, Baudin y otros.

Nótase bien que celebridades europeas, catedráticos de fama universalmente reconocida, como el fisiólogo Berthelot, el historiador de la Revolución Francesa Aulard, el sociólogo Gide, el historiador Lavis, dirigen este movimiento de la juventud socialista. ¡Qué escándalo hubiera esto producido en España! Arenas y Fraguas están perseguidos y sus obras de texto excomulgadas por la estupidez episcopal, y todo el país se conmueve porque Morayta ha defendido el concepto evolutivo en la historia contra las ridiculeces de la «historia» de los frailes, Pidal y consortes, á los cuales deben ofrecer pleito homenaje inteligencias privilegiadas, como Menéndez Pelayo esterilizando sus libros, convirtiéndolos en nomenclaturas sin valor transcendental científico. Otros, como Leopoldo Alas, se ven precisados á escribir novelas místicas para que cualquier obispo no les excomulgue y les quite el pan de sus hijos; y novelistas como Pérez Galdós, Palacio Valdés y otros, se dejan arrastrar siempre más por el misticismo clerical que dispone de los asientos de la Academia, de la prensa leída por la gente adinerada que compra libros y de la red de intrigantes que convierten el confesonario en una pila difamatoria de toda persona liberal é independiente de la clerigalla.

Estos hechos sólo demuestran el abismo que separa la monárquica España de la republicana Francia, y demuestra cuán ciegos ó perversos son los socialistas que prestan su apoyo indirecto y secreto á la monarquía atacando á los republicanos. El día que tengamos República se abrirán cátedras de Sociología en todas las universidades, y Salmerón, Piernas Hurtado, González Serrano y otros catedráticos prestigiosos, imitarán á los Berthelot, Gide y Aulard en París, organizando la unión de la juventud que comulga en los ideales modernos. Esta juventud es en España tan entusiasta como la francesa, pero aquí está cohibida y encerrada en el calabozo del clericalismo. Sólo se la permite reunirse en los cenáculos obscurantistas de la sociedad de San Luis, donde jesuitas melifluos corrompen su inteligencia.

Esta infame y envilecedora reacción monárquico-clerical petrifica los corazones é impide que la generosa juventud española siga sus naturales impulsos humanitarios tomando parte activa en la gran obra de la regeneración social. Con el alma desgarrada pasan nuestros jóvenes delante de la horrible miseria que se exhibe en las calles de Madrid: niños desnudos durmiendo ante un portal, abrazados entre sí para comunicarse un poco de calor, pobres mujeres del pueblo pidiendo limosna con las caras demacradas de jóvenes que los sufrimientos han envejecido prematuramente. ¿Tienen menos sentimientos que sus compañeros franceses, ó son tan imbéciles que ante estas escenas desgarradoras que contrastan con el lujo de los carruajes ante las iglesias de moda no comprendan la necesidad de

la transformación social que armoniza estos criminales contrastes?

A. DE SANTA CLARA.

CANTARES.

¿Cómo quieres que yo cante?...
¿Cómo quieres que yo ría?...
¡Si el sér á quien yo más quise
se me murió el otro día!

* * *

¡Cuán *desgraciado* que eral...
¡Sólo en *er* mundo viviendo
sin tener quien le quisiera!...

* * *

No busques en mis cantares
alegría que te alegre;
busca un alma que se queja
y un corazón que se muere.

* * *

Camino del cementerio
se le llevan á enterrar;
yo moriré en el camino
y... ¡también me enterrarán!

* * *

Todo lo esperan de ti,
y en cambio yo *nada* espero
¿qué cariño es más seguro,
más hondo y más verdadero?

* * *

Si te juzgas invencible,
muy pronto serás vencida:
más vale que tengas miedo,
¡que el *miedo guarda la viña!*

* * *

De mi familia hice un culto,
y de mi casa hice un templo;
¡todo lo arrasó el destino!...
¿tengo razón si me quejo?

* * *

Las ternuras del poeta
nunca serán comprendidas:
que mira la gente abajo
¡mientras él mira hacia arriba!

* * *

En la reja de una cárcel
cantaba un preso inocente:
«¿Por qué no nos puso Dios
nuestra conciencia en la frente?»

* * *

Si quieres ser del teatro,
desparramo y buena caral
y ¡no te apures, chiquilla,
que nada más te hace falta!

* * *

La cerré los ojos...
la besé la frente...
crucé sus manitas
y... ¡adiós para siempre!

* * *

Volverá á dar fruto el árbol,
los rosales á dar rosas...
¡Cuándo volverás, bien mío,
á ser cuerpo de mi sombra!

ELISA CASAS.

EL CAN DEL GRAN SEÑOR.



En el regio despacho, grande y severo, trabaja el magnate. Su mirada recorre el mundo que en signos convencionales, hechos á grandes trazos, tiene ante sí. Los ojos despiden chispas, destellos de la mente, luz imperceptible que del pensamiento brota. Las ideas son *rayos X* que á menudo delatan. Esto es estando á solas. En público, su faz adquiere la fijeza del granito.

Diestro señala con un lápiz rojo, y acción tan sencilla encierra una atrocidad. Un rasgo decide el porvenir de un pueblo. Se sonríe, frunce el entrecejo... y nada más. Eso, al parecer, es bien poco. Sin embargo, notad una cosa: la sonrisa del poderoso puede ser una tempestad, como la descarga eléctrica no es más que un beso. El genio político es el Pitón de la antigua Grecia, cuyo resuello difundía la obscuridad y la muerte. Temed á los que fundan imperios. En esos *fundadores*, el amor á la patria no es tal, sino pasión violenta. Son los ambiciosos más terribles, los grandes *usureros* del dominio, los mercaderes del derecho, los modernos centauros á quienes sólo puede domar el Hércules-Albedrío. Con ellos Prometeo no romperá sus ataduras, al contrario, la Fuerza y la Violencia, como en la tragedia griega, harán que Vulcano remache los clavos más fuerte. A menudo hacen recordar las palabras de Esquilo: *evitad el daros señores*. ¡Y la Razón es tan débil para contrarrestar el empuje!... El palo no oye elocuencias, ayes ni clamores.

El *gran hombre* sigue señalando en el mapa. Al lado, tieso, erguido, tiene á su perro; un animal soberbio, altivo, arrogante. Casi podría decirse que han cogido algo el uno del otro. Afírmase que en la íntima comunidad del matrimonio, suele ocurrir que entre marido y mujer los rasgos fisionómicos llegan á ser muy semejantes. Pues bien; aún tratándose de un hombre y una bestia, cabe recelar que ocurre algo por el estilo, si no en lo físico propiamente, en lo que podríamos llamar moral-externo.

La mirada del can, su actitud, recuerdan á menudo la actitud y la mirada del amo. Este le acaricia en silencio, pasa suavemente la mano por el luciente lomo. Mientras piensa en algo cruel, prodiga al animal sus caricias; maquina calamidades y destrozos, y halaga á un perro dulcemente.

La guerra va sembrando á porfía sus horrores; la *elocuencia* del cañón retumba allá y acullá con estrépito; riéganse los sembrados con humeante sangre; las bombas revientan, matan, destruyen... El prócer acaba de recibir noticias de un combate... ¡Jesucristo! causa horror el número de muertos. ¡Diez mil hombres! Pero, ¡ah! se ganó una fortaleza, el paso para invadir una provincia, qué sé yo cuánto territorio... Y otra vez, silencioso, desliza la mano por el lomo del can. ¡Ni una lágrima, ni una contracción de sus músculos! Se trata de una victoria... Eso de *victoria* significa generalmente el triunfo de la fuerza, más que del valor. Un *triunfo*, supone casi siempre una iniquidad. El vencedor revela una hecatombe. En cuestiones de conquista, cuando aparece un héroe, pensad que hay millares de ojos que lloran y millares de pechos que odian, por cada centenar de labios que aclaman. Los ojos del magnate se encuentran de pronto con los del can, tienen idéntica expresión. El brillo de la mirada es la sonrisa del espíritu.

Y continúan los horrores, aumenta la matan-

za. Ayer, diez mil; ahora, otros tantos, ó más... ¡Qué bien se *abonarán* las tierras con tantos restos humanos! ¡Oh armonía universal, transformación constante!... la muerte fertilizando para nueva vida; las materias orgánica é inorgánica siempre así, en movimiento inacabable, un sube y baja eterno; una rotación que asusta, pero admira. El campo que es hoy cementerio, será mañana un jardín, ó tierra de labor; lucirán ahí las flores ú ondeará el trigo. El hálito de muerte extinguido con el tiempo, será lo remoto; habrá ó dulzura ó alimento, halagará al olfato ó al estómago; sensación ó nutrición. La hermosa niña, al aspirar el perfume con deleite, no pensará en la savia que lo produjo; el futuro sér que coma el pan compuesto de esas espigas, no hará sino ingerir lo producido ó fecundado por la muerte. ¿Pensará en ésto? Acaso ni lo sepa.

El inflexible señor sigue tentando el perro. ¡Con qué placer! A sus dominios añade otros, y en el mapa, donde traza algunas curvas, no se ve, no, la gran pirámide de calaveras. ¡Conmoverse! ¿Por qué? Si está curtido por la ambición. Después de todo ¿no le admira el mundo? Destrozar un ala entera del ejército contrario, es un triunfo que convida al gozo. Los grandes homicidas tienen por penalidad el lauro; el orbe en peso sentencia en favor suyo. Si á quien dió muerte á un prójimo se le ajusticia, á quien los mate... (ó haga que se maten) á miles, le espera un monumento.

Con ojos inyectados en sangre ve el moribundo soldado junto á sí al *héroe*. ¿Le bendice ó acusa esa mirada? Misterio. Al hombre-mármol corresponde un corazón de bronce. Es sordo para los gemidos; sólo alcanza á oír las descargas. ¡Valiente importancia un soldado que se muere! Todavía debe holgarse de ello; preferible es el campo de batalla al lecho. Lo insignificante es la sangre, lo importante el poder. Maquinar para engrandecerse es el *desideratum* del talento (de cierta clase de talento). El engaño es engaño en pequeño; en grande se llama *diplomacia*. Burlar á las naciones es puramente venial. Otra cosa es burlarse de un perro. Claro está, lo último es sencillamente estúpido y aquello terriblemente chocante. Las cuchufletas á un animal distinguido suelen purgarse en una mazmorra (1). ¡No todos tenemos la suerte de lamer las plantas de un gran señor!

La guerra, por fin ha terminado, y pasó el huracán. Ved sus efectos. ¡Qué barbaridad! Peste y miseria y ruinas... ¡Andando!... ahora, el reparto del botín. Esto quiero y esto no... ¡Calla, vencido, no tienes el derecho de protesta so pena de resultar doblemente apabullado. ¡Qué hábil ha sido el magnate, y qué afortunado también! ¡Alto!... afortunado, no del todo. Como que enfermó su perro. ¡Qué desgracia! Muévase la ciencia. ¡Pícaros veterinarios y estúpidos médicos... son un hatajo de ignorantes! Pues no dicen que no hay remedio para el can!... Su dueño va á cuidarlo por sí mismo, ¡vive Dios! que importa mucho tan interesante vida. Y el gran hombre á quien nada le quitó el sueño, pasa en vela las noches agitado, inquieto, con fraternal complacencia (2).

Lo dicho; esos facultativos son unos idiotas. Como pudiera tratarse á la ciencia igual que á los pueblos, ¡qué bien la reformaba él á cañonazos!... Ea, el perro ya acabó. ¡Qué desencan-

to! El orgulloso señor no llora por no aparecer débil en ningún trance de su vida; mas la pena se pinta en su semblante. No parece tratarse de una simple contrariedad. Es contrariedad, por ejemplo, el sufrir un descalabro donde algunos centenares de hombres sucumban; pero es otro apena más sin duda puesto que el magnate se esfuerza en dominar su dolor y lo consigue. Al fin héroe.

¡Oh seres del *montón* que las hubisteis en lucha cruenta y os destrozó el plomo mortífero!... dormid el sueño eterno. Para tanta vergüenza, vale más el sudario que todo el renombre.

Barcelona.

S. GOMILA.

SATURNALES FIN DE SIGLO.

LOS DOS PACOS.

EL torneo, de la comedia bufa, entre Paco Romero é idem Silvela por la jefatura del partido conservador, es muy divertida, sobre todo, si se presencia desde el palco de la oposición.

Cada Paco representa una tendencia de la conservaduría. Aquél, el ex-pollo antequerano, es el *amateur* del cante flamenco, de los «padres graves» en mangas de camisa, del caciquismo con cañas de manzanilla, el hombre para quien la política es un juego de manos donde se pueden escamotear las actas de los diputados de oposición, como se puede verificar un trasiego de jueces y magistrados; hombre veleidoso, inquieto, flexible, como Roberto Peel, según Solsona; revoltoso, turbulento, enemigo del Directorio de su partido, y más enemigo aún de Silvela.

Silvela ha formado grupo aparte, se ha erigido en director de orquesta para llevar él sólo la batuta; nada quiere con Romero. Por no querer, evita toda discusión con él, rehuye el bulto y deja á su tocayo que vacíe el saco de sus ataques contra todo lo que huele á silvelismo. No parece sino que le ha tomado miedo. Ya no hay ortodoxos ni heterodoxos, según la opinión de los conspicuos del partido.

El bando conservador, partido por gala en tres desde el drama de Santa Agueda, buscaba una solución que le permitiera reconstituirse. No ha habido posibilidad de hacerlo. Han entrado y salido, se han celebrado entrevistas y conferencias, se ha llamado al patriotismo. En vano se ha invocado la gravedad de las circunstancias, todo resultado ha sido negativo y toda gestión ha fracasado.

El partido conservador, desde la muerte de Cánovas, se ha hecho amigo inseparable de todas las desgracias humanas, y hoy vive en amigable consorcio con la descomposición. Consecuencia lógica de su vida relajada.

Los tres grupos representan otras tantas tendencias. Azcárraga cree que el Directorio se mantiene fiel á su ortodoxia. Romero afirma que nadie sigue como él las tradiciones del jefe. Silvela representa la moralidad, pero la moralidad de los «padres de familia», de la gazmoñería clerical, de la reacción jesuítica, y de los que piden la dictadura.

Romero se dedica á hacer la mamola á Weyler en la esperanza de que ha de ayudarle á conquistar el poder.

¿Quién vencerá á quién?

Hace poco más de un mes convocaba Romero á los suyos á una reunión con el fin de ir derribando unos ídolos para levantar otros.

Juzgando los hombres y las cosas de la monarquía dijo un puñado de verdades que escocieron á Cos Gayón, á Pidal, á Villaverde, aunque incurrió en infinitas contradicciones. Atacó á todos y defendió á Weyler. Ha combatido y ensalzado á Cánovas á un mismo tiempo. Dijo en el discurso de hace un mes, que la autonomía no había de restar un solo individuo á la insurrección y no comprendía cómo se hacía concesión de reformas tan radicales para seguir mandando hombres y dinero.

Esto que ha dicho refiriéndose al partido liberal, es una catilinaria contra los proyectos de Cánovas, principal iniciador de ellos en el poder.

Cánovas y su partido creyeron posible la terminación de la guerra por la guerra misma. Convencido de la imposibilidad de mandar más expediciones y de realizar nuevos empréstitos, optó por las reformas. Romero opina de distinto modo y sale del retraimiento para fulminar sus anatemas contra lo que su jefe promulgó. Hace un mes negó que el partido conservador existiera y el viernes dijo que subsistía y que estaba íntegro en Euskal-Jai. Es el hombre de las contradicciones eternas. Niega hoy lo que ayer afirmaba. No se le puede tomar en serio.

Todo en él es extraordinario. Vino á la vida activa de la política gracias á una andaluzada. Faltábanle algunos meses para cumplir la edad reglamentaria y poder ser diputado, y consiguió que se le contasen los nueve meses antes de nacer, como si hubiere realmente existido, para suplir el tiempo que le faltaba.

Su último discurso es otra cantárida contra Silvela, contra el Directorio y contra la prensa.

Si este hombre subiera al poder era capaz de hacer una ley de imprenta tan tiránica como la que dió Nocedal el año 57.

Ahora se llena la boca con sus 40 diputados y 20 senadores que le siguen y prestan acatamiento, entre los cuales se cuenta el célebre Gálvez Holguín, «símbolo» de los *húsares* y pariente de los Borbones, aunque este parentesco no sea muy del agrado de ciertas linajudas damas.

Pero Paco Romero está consiguiendo lo que se ha propuesto. Desorganizar las huestes de Silvela constituye hoy su única misión, y esta actividad febril ha de darle positivos resultados. La «daga florentina» no proporciona prebendas á nadie. Paco Romero se las proporciona al que es correligionario suyo. Se debe á sus paniaguados, y sus paniaguados le deben todo lo que son. Sabe mejor que el otro lo que pasa en las alturas políticas, y arrostra con energía todas las consecuencias.

Resulta, pues, Paco Dientes, á pesar de sus informalidades é inconsecuencias, muy superior como político á Paco Zaino.

Este, que toda su política se ha reducido á ser un segundón, teniendo algún talento, más talento que el otro, lleva, colgado de los faldones, un ejército de zánganos, toda la chusma de frailes, curas y obispos.

¿Qué político avisado se atreverá á sentarse á comer con gente de esta calaña en la misma mesa para no poder roer más que huesos?

El mismo Castelar, desorientado en sus cuentas desde que las cosas de Cuba se arreglaron sin pedirle consejo, ha dirigido en un periódico de América una porción de alfilerazos contra su antiguo amigo Paco, á quien no cree capaz de ser jefe, porque siempre lo ha creído sólo un apéndice de su hermano mayor Manuel. En todas partes plato de segunda mesa.

Ambos á dos aspiran á la jefatura de su partido, aunque Paco I se ha mostrado decidido á renunciar para que no haya, quien crea que á él

(1) Un periodista alemán fué condenado por haberse permitido ciertas bromas con Tyras, el can favorito del ex-canciller de hierro.

(2) Bismarck cuidó por sí mismo á su perro y la muerte de éste fué telegrafiada al emperador.

le guían ambiciones mezquinas. De donde se infiere que Cánovas fué un ambiciosillo incapaz de sentir las cosas grandes por dejarse llevar de las mezquinas, y Weyler otro ambiciosillo por el estilo.

Pero Romero, en su eterna volubilidad, se ha propuesto llevar á la jefatura del partido á uno de los suyos y ha encontrado en Weyler, el hombre que buscaba contra los deseos de Silvela.

Por eso el antequerano no ha vacilado en la defensa de Weyler, yendo á recibirle con sus amigos, vitoreándole, aplaudiéndole y agasajándole.

En su entusiasmo por Weyler, no han dudado los romeristas en abrazarle, bajándole del coche en hombros y pasándole en brazos de un coche á otro.

Pero lo que dirá Silvela con malicioso gesto y tono zumbón:

—¡Es tan chiquitín!... ¡Pesa tan poco!...

De todos modos, con este par de Pacos, que entre los dos juntos no valen lo que el célebre perro, habrá jaleo para rato.

FRANCISCO MACEÍN.

TRABAJO Y MISERIA.

A TRAVESAMOS una gran crisis económica en toda Europa. El Gobierno absorbe antes que nadie las riquezas por medio de las contribuciones inmediatas ó directas, empobreciendo al pequeño propietario y tendiendo á hacer del todo indigentes á aquellos que no pueden pagar otra tasa sino la indirecta. El afortunado burgués puede vivir siempre, limitando su propio gasto, aun cuando el fisco le lleve el 75 por 100; pero ya no puede vivir el que, no poseyendo nada, tiene que confiar su sustento al esfuerzo de sus brazos, aunque con las modernas teorías económicas se sabe que la riqueza de una nación consiste en el aumento de capitales, y de aquí que disminuyendo los capitales disminuye la producción, y á esto sucede un empobrecimiento, un paro del trabajo, y un aumento de la miseria.

En los Estados modernos la producción es con frecuencia excesiva, porque la distribución del capital, no siendo equitativa y bien regulada, produce en las naciones que no tienen mucha un exceso, y en las otras una deficiencia.

La primera necesidad para que uno pueda trabajar, es que pueda nutrirse. Ahora bien; el trabajador italiano tiene por fuerza que sentir el hambre. Con un jornal de una lira, á mucho tirar, tiene que mantener una familia numerosa. De aquí que esté mal nutrido, mal alimentado, y que esté poco apto para resistir el trabajo y la fatiga.

La producción llegará á alcanzar su justo valor cuando los trabajadores todos, dejando de ser simples instrumentos de la actividad ajena, se conviertan en poseedores de la riqueza social.

Con efecto; sólo con la destrucción de la producción individual, sufrirá ésta transformaciones adecuadas á las necesidades del consumo.

Los trabajadores tendrán con el régimen comunista anárquico resuelto el más grave problema social, y tendrán con eso sólo planteado el problema intelectual y moral en el único camino posible para ser resuelto. De otro modo es inútil hablar de libertad.

El que es pobre, es esclavo.

FERROVIERE.

(De *La Agitazione*, de Ancona.)

CHISMOGRAFIAS.

Á JOAQUÍN SEGURA.

Querido Segura, tú, que con valor y firmeza tratas en el GERMINAL los asuntos de la Iglesia, cual se merece un cristiano muy católico de Mérida, y ya que se identifican con las mías tus ideas, debo animarte, y rogarte continúes la tarea de vapulear al clero con tu crítica severa: tu pluma en el GERMINAL por lo bien cortada y seria, debe tocar este asunto, sin ambages, con frecuencia; yo lo haré burla burlando y á tus compases de espera.

¡La Iglesia! ¡Catolicismo! Muchos siglos fué la rémora ese coco para que arte, libertad, progreso y ciencia del engranaje saltaran de la maquinaria artera que los papas y los tronos manejaron y manejan.

Duro con ellos, Segura, combátase sin reservas lo irracional y lo absurdo; que la luz clara y serena de la razón, se penetre y se infiltre, que se tuerza toda la vida social y política, á manera como lo reclaman las necesidades modernas.

Ni es dogma la Teología, ni siquiera llegó á ciencia. ¿Sabes, Joaquín, lo que es? —Una solemne... simpleza.

B. ARROYO Y CÁCERES.

Madrid, 10 de Diciembre de 1897.

CRÓNICA AL VUELO.

¡Buena nube de provincianos ha caído estos días sobre Madrid, y en particular, sobre el salón de conferencias del Congreso!...

Y es lo más raro, que la causa de la venida ha sido la reunión celebrada en Euskal-Jai por el Sr. Romero Robledo.

¡Que digan luego los extranjeros que ya no hay entusiasmo político en España!...

¡Cuándo hay algunos que vienen de la Alpujarra, envueltos en una levita, que arregló la mañosa de su mujer, de un uniforme de milicia del año 56!...

Entran estos concejales y diputados provinciales en el Congreso, alta la frente, la mirada audaz, despreciativa y el cigarro entre los labios. Miran á todo aquel que no es diputado por encima del hombro, para luego extasiarse delante del busto de Martínez de la Rosa!...

A los periodistas no nos dejan vivir.—Que no se le olvide á usted ponerme en la lista de los que estrecharon la mano á D. Francisco, apenas este acabó de hablar. Hágalo por mi mujer, que está la pobre embarazada de siete meses y recibirá un alegrón muy conveniente...—¡Que dé usted cuenta de mi venida como representante de los romeristas de Navacerrada! Ya sabe, Randulfo Danzante Primero, y si no venga, se lo apuntaré en una cuartilla para que no se le olvide.

Menos mal que ésto no dura más que tres ó cuatro días, que si no... ¡era cosa de dejar el oficio!

Vaya, voy á dar á mis lectores una buena, pero buena noticia. Cuidado con impresionarse demasiado, ¿eh? Hé aquí la dichosa nueva: ¡el Papa está completamente restablecido!...

¿No se han vuelto ustedes locos de alegría?... Pues

¡O no tienen corazón ó será de bronce ó peñal!...

Los periódicos católicos han dado la noticia comenzando por la frase sacramental de

«En todo el mundo cristiano...» Que es como si dijéramos, la diez millonésima parte del globo, ha recibido con gran placer la noticia de la mejoría del rival de Carulla en la poesía. (¡Ya me he contagiado!)

A mí que no me digan; ellos apostaron á ver cuál hacía peor los versos... y tan buena maña se han dado, que no se sabe á punto fijo quién es el que más ha ofendido á Apolo.

Al paso que doy esta noticia, envío mi más sentido pésame á los cardenales candidatos á la tiara.

¡Aguantarse!

¡Otra vez será!...

Y de Weyler, ¿qué?

¡Que lo piensa mucho!...

JULIO POVEDA.

RASGOS.

La opinión pública pide claridad con respecto á las mutuas recriminaciones entre *El Heraldo*, *El Imparcial* y los prohombres liberales que están detrás de estos diarios, y el general Weyler y Romero Robledo.

El Heraldo afirma en un editorial que los políticos se han movido en la cuestión de Cuba por intereses y acusa transparentemente á los generales y políticos que han intervenido en los asuntos pendientes:

«A la masa del público la mueve el lirismo nacional, superior á las mayores caídas y á los más amargos desengaños. La gente de las localidades de preferencia, los políticos de todos los matices y de todas las categorías y órdenes de la sociedad que asiste á esta sangrienta representación, se agita impulsada por los intereses; nada más que por los intereses. Los amigos de la empresa (el Gobierno) son la *clac*; los enemigos los reventadores. Los unos dirán siempre bien y los otros siempre mal, suceda lo que suceda. El éxito es para ellos lo de menos. Hay quien por una jugada de Bolsa ó por una cartera daría diez poblados de Cuba.

»Esta es la verdad. ¿Escuece? Que escueza. Más escuece lo que pasa.»

Quien afirma estas cosas denigrantes é infamantes está obligado á citar los nombres de los «negociantes» y agiotistas para que el desprecio público y los tribunales les castiguen.

Hemos invitado á la Asociación de la Prensa de Madrid á que organice un tribunal de honor ante el cual puedan presentarse las protestas contra los elementos intrusos del periodismo.

Los escándalos en París con motivo del proceso Dreyfus debieran convencer de la necesidad de esta institución, para que el día menos pensado no veamos envuelto en nubes de calumnia é inmundicia á los hombres más respetables de nuestra vida pública.

Léase lo que de Emilio Zola han escrito nuestros colegas parisienses por haber defendido á un judío: «criminal, crápula, malhechor, estereorario, traidor.»

Igualmente pedimos que los partidos políticos organicen tales tribunales donde se ventilen las cuestiones que atañan la respetabilidad de los hombres públicos.

Creemos que los publicistas y políticos debemos imitar al ejército, donde se ventilan con las debidas formalidades estas cuestiones.

Como los militares, debemos tener los periodistas y políticos nuestra *hoja de servicio* á la disposición de todos; porque las funciones que desempeñamos en la sociedad no son menos importantes que las de la fuerza armada.

Cortamos el siguiente suelto de *La Lucha de Clases* de Bilbao y lo trasladamos al batallador crítico en Oviedo.

«Tengo que decir que *Clarín* no aceptará la controversia con nuestro partido. Puedo asegurarlo.

»D. Leopoldo ha mentido en esta cuestión como un chapucero. Arguyó en un *Palique* del *Heraldo de Madrid* que no había leído *El Socialista* donde se le invitaba á discutir, con lo que ha dado pocas muestras de seriedad. *Clarín* leyó el reto de *El Socialista* y sino que lo diga su colega de Universidad D. Adolfo Posada, su alumno Palacio y hasta el compañero Perfecto García que lo saben bien; lo que hay es que á don Leopoldo le ha convenido sostener eso, él sabrá por qué.

»De todas maneras, es de lamentar que *el Sr. Alas* haya rehuido la controversia, de la que seguramente hubieran triunfado las ideas socialistas de la escuela de Marx.»

Evidentemente no surte efectos el silencio. Que un artista rehuya la pausada discusión científica del socialismo, puede excusarse porque su misión es sentir nuestros ideales y comunicar el entusiasmo á los demás.

De un crítico debe pedirse más, y sobre todo cuando él mismo provocaba la discusión.

Un colega de Bilbao retrata fielmente nuestras «clases directoras» es. Jiendo:

«Viven enfangados en el vicio. En Bilbao, sobre todo, llega á tal estado la podredumbre de los hombres ricos, que nos tememos haya pueblo alguno en el globo donde ocurra otro tanto. El comercio de muchachas, de verdaderas criaturas, funciona aquí en toda regla. Las primicias de muchachuelas de doce á catorce años se cotizan en el boulevard al mismo tiempo que el papel del Estado ó las acciones de los ferrocarriles. Casos de estos se cuentan en la villa á porrillo, sin que nadie se escandalice, tan corriente va siendo ya la cosa. Y siempre en las *aventuras* estas figuran personajes de muchas campanillas, protectores de sociedades benéficas y religiosas y de los que con más gravedad lamentan los *extravíos del siglo* y la perniciosa influencia que van alcanzando las *ideas disolventes*, frases que tienen estereotipadas en su lengua escoba.

»No hay aquí señorito recién salido del colegio ó de las manos de los jesuitas que no tenga su querida, y ejemplares se citan que mudan de mancebas como de camisas. Hombres maduros, casados y llenos de familia, pervertidos hasta los tuétanos y viejos verdes, verdaderos sátiros, los tenemos á docenas. Cosa perdida, una verdadera calamidad.»

En toda España ocurre lo mismo. En Madrid y Barcelona son célebres los bailes «disfrazados» donde aquellos «señoritos» visten lujosos trajes de mujeres.

A estos disfraces tienen que agradecer varios su rápida carrera política...

Eso son los frutos de la Restauración.

Bajo el título *Los carlistas en el púlpito* dedica nuestro querido colega *La Unión Republicana* un extraordinario á las «Hijas de María y beatos de ambos sexos de Pontevedra» que termina con las enérgicas frases:

«Si, porque el partido carlista y el espíritu tradicional y católico de España, hicieron retrasar la marcha del progreso en nuestra patria, y esto trae la pobreza y el atraso.

»La juventud se agota muy á prisa y la raza degenera. Con estos datos, la familia sucumbe.

»Por mucho que queráis extender el catolicismo, no hay más Dios en la actualidad que el dinero. *La religión del dinero es la que priva*, y la juventud actual educada por el jesuitismo y en los centros católicos,

es una juventud sin ideales nobles, una juventud que no se sacrifica por nada, y la constitución de una familia es empresa de sacrificios.

»Os queda una esperanza. Enfrente de esa juventud decrepita, jorobada con el peso de sus pecados á juzgar por la frecuencia con que acude al confesionario, está otra juventud, la juventud estudiosa y digna, la juventud que cultiva la ciencia, las artes y los oficios, la juventud que comprende su misión y lucha por emanciparse de la triple tiranía del *catolicismo el capital y el caciquismo* de todas clases.»

Muy bien, colega, la *moral* de la iglesia católica es una corrupción repugnante, una alcahueta del vicio y la hipocresía.

¡Abajo el catolicismo, el capitalismo y el caciquismo!

Para D. Pedro A. Savé, redactor de nuestro estimado colega *La Autonomía*, de Reus, pide el fiscal de aquella Audiencia la pena de OCHO AÑOS de prisión mayor como autor de un artículo publicado hace tiempo en aquel importante diario.

Ocioso nos parece decir al estimado compañero y apreciable colega de Reus que las columnas de *GERMINAL* están á su disposición para librar á Savé de las garras de una justicia que se burla de las mismas leyes que hace.

Nuestro estimado colega *La Región Extremeña*, de Badajoz, hace las dos siguientes preguntas que no dejan de tener miga:

«¿Es cierto que en Mérida hay un carlista que toma nota de los nombres, apellidos y puntos de residencia, de los muchos bobalicones que se le presentan para que los alistén en el ejército del Pretendiente, con la condición de cobrar en su día, esto es, cuando haya que lanzarse al campo, dos pesetas *diarias*?»

* * *

»¿Es cierto que en una finca no muy distante de Fregenal celebraron una reunión hace un mes varios carlistas de esta provincia, entre ellos alguno que ha ejercido de Real orden el cargo de alcalde?»

Ya está otra vez quejándose el público, con sobrada razón, de las molestias que les causa la adquisición de las cédulas personales.

Metiéndose el tiempo en lluvias no sabemos cómo va á estar en la calle esperando turno, teniendo que ir á dejar dinero.

Dice Romero Robledo que él cuenta en su partido con 40 diputados y 20 senadores.

Y á este propósito publica la lista con los nombres de los interesados.

Pero observo que en la lista se ha omitido con mal fin el nombre del estadista D. L. Galvez Holguín.

En todas partes cuecen habas.

La policía de Budapesth, ha recogido, por orden del procurador, 10.000 ejemplares de un folleto socialista titulado *Los socialistas llegan*.

Pues debemos decir con entera franqueza que esa disposición es una arbitrariedad.

En España no suceden esas cosas.

Porque aquí hay también muchos socialistas que llegan.

A entenderse con los monárquicos para desbaratar la obra de los republicanos.

La Asociación de agricultores de España ha abierto un concurso público para premiar las dos mejores obras que traten del procedimiento más conveniente para conseguir la extinción de los insectos y plantas parásitas que le atacan.

No vacilaríamos nosotros en pedir la erección de un monumento al que consiguiese extirpar todos los insectos de la política y todas las plantas parásitas que medran á la sombra de ellos.

Después de aquellas conferencias y cabildos de los constitucionales cubanos, de declarar que las reformas del partido liberal entrañaban un peligro para la «integridad de la patria», de visitar á Sagasta, de entenderse con los carlistas y de dirigir al trono una exposición á la regente pidiendo la derogación de la autonomía, han entrado los parciales de Apezteguía por el aro y han aprehendido con las reformas declarándose autonomistas conservadores.

Lo sospechábamos.

A cualquier hora iban á perder ellos la influencia y el poder omnímodo que han venido ejerciendo durante tantos años en el mando de Cuba.

Días pasados se verificó el entierro del bizarro capitán de Infantería D. Manuel Nouvilas Alday, hijo de aquel ilustre general, ministro de la Guerra de la República, D. Ramón Nouvilas Rafols.

Acudieron á rendir el último tributo al difunto, sus numerosos amigos, entre ellos el general de Ingenieros, D. Manuel Pujol y nuestro querido amigo el exdiputado republicano, D. José Rubaudonadeu Corcelles.

Damos nuestro más sentido pésame á la familia del difunto, ya agobiada por la reciente pérdida de otro hermano, D. Ramón, que murió frente al enemigo en Cuba, donde fué de voluntario, ansioso de pelear por la patria.

Copiamos de nuestro querido colega *El Liberal* el siguiente suelto con el cual nos hallamos conformes:

«El naufragio del «Tritón».

Nuestro estimado colega *El Ampurdanés*, de Figueras, publica una carta de la Habana con interesantes detalles del naufragio del vapor *Tritón*, ocurrido en la Gran Antilla el 16 de Octubre próximo pasado.

En esta carta se hace resaltar merecidamente la heroica conducta del soldado de la brigada del Hospital militar de San Ambrosio (Habana), Salvador Barrera Ferrán, natural de Barcelona, quien en los momentos de mayor peligro demostró una serenidad extraordinaria, salvando á varios de sus compañeros de tripulación de una muerte segura.

El Ampurdanés pide para ese soldado la recompensa que merece, y nosotros nos asociamos á la petición del colega con verdadero interés.»

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

Villagarcía.—Sr. D. I. G. R.—Queda hecha la rebaja que pide en el paquete de Santiago.

Valdepeñas.—Sr. D. L. M. y R.—Se le remiten los números atrasados que pide, excepto el 19 por estar agotado.

Barcelona.—Sr. D. R. R.—Recibida letra y ejemplares sobrantes. Se le hace la rebaja en el paquete, que pide, y se le remiten 4 ejemplares del núm. 14, no pudiendo hacer lo mismo del 19 por estar agotado.

Pueblo Nuevo.—Sr. D. E. N.—Se le remite un número del periódico.

Viso del Alcor.—Sr. D. I. G. T.—Recibidas 9 pesetas. Queda hecha suscripción anual y se le remiten los números publicados en este mes.

San Sebastián.—Sra. Viuda de A.—Recibida libranza de 7 pesetas y los ejemplares devueltos.

Barcelona.—Sr. D. R. F.—Recibida 1,65 peseta, importe de números atrasados.

Vinaroz.—Sr. D. R. V.—Se le remiten los 10 ejemplares que pide hasta nuevo aviso. Le agradeceré trabaje el periódico en esa con entusiasmo.

Bilbao.—Sr. D. J. J. y C.^a—Queda hecha la rebaja que pide en el paquete hasta nuevo aviso.

Sevilla.—Sr. D. J. N.—Se hace la rebaja que pide en el paquete y se le remiten los números atrasados que desea, excepto el 19.

Lubrin.—Sr. D. A. M. L.—Queda hecho el traslado de señas que pide. Respecto al artículo, no teníamos de él ninguna noticia hasta su carta. En cuanto á si puede seguir mandando, tendríamos un gran placer en publicarlos si, como creemos, son publicables.

Barcelona.—D. E. R.—Recibido paquete devuelto.

EL ADMINISTRADOR.